

Luis Galdames

## El carácter araucano en el Poema de Ercilla

### I

Es una anotación muy conocida, pero que no carece de relieve, la singularidad de la epopeya inspirada al calor de la conquista hispana sobre los indígenas del nuevo mundo. Sólo en el extremo sur del continente el choque de las razas tuvo un cantor ilustre, digno de la posteridad; sólo aquí el alma ibérica halló motivo para expansionarse en un poema heroico a la altura de los que el ímpetu del renacimiento hacía aparecer en Portugal e Italia; sólo en Chile el conquistador estuvo llano a exaltar, en el pueblo que resistía a su empuje, las cualidades de inteligencia, hombría y arrojo que lo asemejaban a él mismo.

Seguramente, algo habría que atribuir al azar en esa noble actitud; mucha importancia pudo tener el hecho de que el poeta viniese a Chile y participase en las campañas de que el país era objeto, en lugar de haber ido a alguna otra de las tierras también entonces campo de conquista; pero, por más que se diga en tal sentido, no podrá desconocerse que a él le atrajo el eco de la lucha que aquí se libraba y que ya repercutía en Europa; ni podrá negarse que los informes que desde su llegada recogió y cuanto por sus ojos pudo ver no hicieron sino confirmarle las vagas impresiones que lo determinaron a partir.

En Arauco la lucha era realmente heroica; en Arauco vibra-

ban los clarines con entonación épica, a través de valles y montañas; en Arauco había, sin lugar a dudas, un elemento humano que merecía vaciarse en estrofas homéricas. Y la epopeya surgió así, espontáneamente, sin mayor artificio ni exagerada fantasía, como una orquestación natural en que se conjugaban los rumores de la selva con los alaridos del combate y las corrientes torrenciales con los arrebatos del valor hispano e indígena. La proeza se hacía sangre y gloria en uno y otro campamentos; el esplendor del paisaje se eclipsaba delante de las lides soberbias; y la poesía brotaba inexhaustible de ese espectáculo de agitación, ansiedad y sacrificio.

Críticos e historiadores discuten todavía acerca de si *La Araucana* es o no una epopeya. Le reprochan cierto prosaísmo y el inevitable desgüeño de una crónica rimada. La monotonía de la octava real, usada en toda ella sin variante alguna, no dejaría de contribuir a esos reparos. También las digresiones y los episodios extraños al asunto empañarían en gran parte su mérito.

Tal discusión nos parece ahora ociosa. Para el gusto de su tiempo *La Araucana* fué todo un poema; y en cuanto a lo épico, puede no elevarse siempre al tono que el relato exige, pero los hechos a que se consagra son heroicos en grado eminente; y en ellos más que en las estrofas está la epopeya. Cervantes la consideraba de los mejores libros en su género, digna de competir con los más famosos poemas de Italia y de figurar entre las más ricas prendas de la poesía española. No pudo darse loor máspreciado.

## II

La cuna de la nueva raza, que había de ser el pueblo de Chile, se meció en ese ambiente de gesta, que no se disipó tan pronto como llegó a pensarse; duró siglos; y fué como el coronamiento de aquel período de triunfos de la caballería aventurera y arrogante que caracterizó a la España medioeval. El mismo espíritu batallador, con no pocos rasgos caballerescos, prendió entre los araucanos también, ante la violencia del contacto con los conquistadores; y lo que en este drama constituye la grandiosidad del conjunto es el encuentro de esas dos almas colectivas, intrépidas y fuertes, bárbara la una y

de avanzada cultura la otra, pero dispuestas igualmente a la proeza temeraria.

Más que los contrastes y vicisitudes de la guerra, el tiempo las había de fundir en una sola; y el poeta pareció presentirlo cuando se propuso enaltecer a ambas. Por eso decía:

*Si causa me incitó a que yo escribiese  
con mi pobre talento y torpe pluma,  
fué que tanto valor no pereciese,  
ni el tiempo injustamente lo consuma.*

La admiración por el auca rebelde pudo llevarlo a exagerar sus virtudes guerreras; pero, a modo de excusa para el compatriota que se lo reprochase, él le advertía

*que no es el vencedor más estimado  
de aquello en que el vencido es reputado.*

Así, con esos dos elementos en acción, con estas dos fuerzas en pugna, se construyó la trama del poema; y si de él emergen determinadas individualidades, ellas sólo se presentan como encarnaciones de su grupo en un momento dado. El argumento no se personifica ni materializa. No hay un solo héroe sino muchos héroes. La acción es colectiva más que individual. El motivo es una idea, un anhelo, un ansia sin reposo: es la resistencia contra la dominación española, sostenida por una agrupación de bárbaros que defienden su libertad y su suelo, que quieren seguir siendo dueños y señores de sí mismos y de la naturaleza que los sustenta. Por ello combaten hasta el frenesí; y aunque infructuosamente, hacen pesar al vencedor las arremetidas de su denuedo y de sus armas. En suma, el tema es la lucha por la libertad.

El invasor triunfará por fin sobre esa barbarie heroica. He ahí el desenlace a que el poema no pudo alcanzar. Pero no la destruirá; antes bien, la asimilará, la hará carne de su propia carne. He ahí la dignificación de la lucha. La España caballeresca y avasalladora, la España del poeta, no expediciona por matar sino por extender los dominios de la civilización y de la cruz, en un proceso de crecimiento incontenible. La España cristiana no trae la muerte al nuevo mundo, sino los gérmenes de una nueva vida. Tal parece la índole moral del poema.

La España es entonces potencia mundial; y apenas si necesita ese mísero pedazo de suelo que el araucano guarda como propio; pero allí están de por medio el honor de sus armas y el derecho de conquista, que sus reyes juzgan inalienable. Por eso el español combate y seguirá hasta el fin. Por eso también el poeta, en la segunda y tercera partes de su obra, se distrae con otros asuntos guerreros de la España en Europa, sin ningún enlace objetivo con el tema principal. Es que aspira a ser el cantor de su patria y de su tiempo, dentro del campo de lo heroico, en homenaje sobre todo a su rey. Ello, sin embargo, no desvirtúa la concepción primera; y aunque poema español por la lengua y el arte, *La Araucana* continuará siendo, por el sentimiento, la epopeya de la raza que la inspiró en plena lid, con los bríos de su sangre ardorosa.

### III

Don Alonso de Ercilla recorrió en son de guerra el territorio de la Araucanía, allá por 1558. Frisaba entonces en los 25 años, pero ya conocía mucho mundo. La educación que recibió fué la de los escogidos de su tiempo. Había viajado por diferentes países de Europa en las más favorables condiciones, como que fué hasta en comitivas regias. Era un cortesano, si no de fortuna, a lo menos bien visto. Pero él tenía sed de aventuras y nuevos horizontes, un alma inquieta y combativa como eran las mejores de su estirpe.

Quiso venir a América, a estos países desconocidos que la imaginación del europeo culto se figuraba entonces cuajados de maravillas y riquezas. Quiso conocer Chile, el país más lejano, donde se decía habitaba un pueblo altanero y bravo que había logrado abatir más de una vez el pendón real. Y vino; y se incorporó en los tercios conquistadores; y se batió en campo abierto con el araucano incansable. Lo observó de cerca, tanto en sus peculiaridades de guerrero como en las de sus usos y costumbres. Indagó, anduvo, exploró. Y se propuso escribir lo que la sorpresa y la admiración le dictaron, «entre las mismas armas, como él decía, y en el poco tiempo que dieron lugar a ello».

Al proponerse referir cuanto vió y supo, contrajo consigo mismo la obligación de ajustarse a la verdad; excelente disposición de ánimo para cualquier cronista, pero penosa y difícil para un testigo que le va a dar a su relato contornos de un

poema. La obra de arte supone fantasía, amplitud de visión, un copioso caudal inventivo, aunque le sirva de apoyo la más estricta realidad. Pero esta vez el águila se cortó las alas y renunció al vuelo, a la creación libre y vencedora de las rigideces del espacio y el tiempo.

Acaso fué mejor. Las situaciones principales que el poema presenta eran de un dramatismo tan hondo y humano que bastaba con exponerlas en buenas estrofas para que alcanzasen los relieves épicos; y así no era indispensable que la poesía sacrificara a la verdad. Es claro, sin embargo, que alguna participación había de concedérsele a la fantasía creadora; pero, salvo en contados episodios, ella no sobrepasó el nivel mínimo que lícitamente habría podido exceder. Por eso *La Araucana* es tenida hasta ahora como un documento histórico substancioso y veraz en su parte propiamente narrativa.

Ateniéndonos a ella, el indígena araucano no era, a mediados del siglo XVI, el bárbaro desamparado y grosero de las primeras etapas de la civilización. Tenía recursos y medios de vida suficientes; tenía una organización familiar de viejas tradiciones; tenía una capacidad guerrera no sólo fuerte por las armas sino más que todo por la energía física y el valor individual. Los elementos de ataque y de defensa de que disponía no eran comparables con los europeos, porque el grado de su desarrollo social estaba aún muy distante de la etapa que aquéllos habían recorrido, pero no eran tampoco deleznales y tal vez muy superiores a lo que se podía esperar. Como quiera que fuese, lo que en esos hombres calificados de bárbaros sobresalía era la voluntad de defenderse y combatir; era la resolución de no entregar sus armas y su suelo sino con la vida; era el carácter: eso que constituye la más elevada manifestación de la personalidad.

#### IV

La complexión física de los araucanos daba en lo exterior el reflejo de sus energías latentes. A ellos se refería el poeta cuando, describiendo la población de Chile, decía:

*La gente que produce es tan granada,  
tan soberbia, gallarda y belicosa,*

*que no ha sido por rey jamás regida  
ni a extranjero dominio sometida.*

Y luego ampliaba y precisaba con mayor colorido esos perfiles:

*Son de gestos robustos, desbarbados,  
bien formados de cuerpos y crecidos,  
espaldas grandes, pechos levantados,  
recios miembros, de nervios bien fornidos,  
ágiles, desenvueltos, alentados,  
animosos, valientes, atrevidos,  
duros en el trabajo y sufridores  
de fríos mortales, hambres y calores.*

Estos rasgos colectivos,—muy honorables por cierto para cualquiera raza,—adquirían más firme tonalidad en los caudillos; y así es cómo se destacan las figuras de Lautaro, Caupolicán, Rengo, Galvarino, Tucapel y tantos otros architipos del pueblo combatiente, con personalidad propia en el poema.

La fuerza del músculo, el ademán resuelto, la resistencia a toda prueba, la decisión rápida en la hora del peligro, completaban esa fisonomía gallarda y esa recia estructura corporal que el poeta se complace en describir. Un alma brava, de valor temerario y de una impavidez desconcertante para afrontar la lucha, trascendía de esos pechos bronceados y se desbordaba en acometidas coléricas sobre las huestes invasoras. La relación de los combates abunda en proezas araucanas, tanto o más que en las proezas de los propios españoles. La intrepidez es el blasón más nítido en el carácter de aquellos hombres bárbaros.

A la intrepidez se unen la astucia, una inventiva fértil y un sentido de la organización y de la táctica que casi siempre los hacen temibles y en todo caso peligrosos. La inferioridad de las armas no podía ser remediada por ellos; y eso explica principalmente sus contrastes. Pero, de hombre a hombre, entre el invasor y el araucano había una equivalencia de ánimo y de fuerza. Cuando Caupolicán envía a Hurtado de Mendoza el desafío para luchar cuerpo a cuerpo con él, no sólo asume la actitud de un paladín medioeval sino que se muestra seguro de sí mismo y aspira a que el adversario le reconozca su dignidad de jefe.

A los ojos del poeta, el araucano reúne todas las cualidades superiores del guerrero; y en cuanto a las inferiores,—la crueldad, la traición, la codicia,—no son mucho más extremas que las reveladas por algunos pueblos civilizados de la época. Son las mismas furias que acometen al hombre en las batallas, desde Homero hasta Ercilla y desde Ercilla hasta hoy.

El araucano da pruebas, además, de inteligencia y de cordura. Sus jefes discuten con reposo; y son tan ágiles en el uso de la palabra como en el manejo de la flecha. Los conocidos discursos que Ercilla pone en boca de los bárbaros rebosan la más pulcra elocuencia. Se trata, naturalmente, de un recurso poético; pero de un recurso que descansa sobre una base de realidad. La oratoria entre los araucanos era una institución militar y doméstica. Así en sus juntas guerreras como en sus regocijos y en los funerales de sus deudos, el discurso tenía cierto valor ritual. El poeta no ha hecho sino aprovecharse de ese tono de la vida araucana para pulirlo y exaltarlo.

El alma mística del bárbaro despunta también en el poema; pero en este sentido no se distingue fundamentalmente el araucano de los demás pueblos en la misma etapa del desarrollo cultural. Ercilla consigna a modo de reproche:

*Veneran a los necios agoreros  
que los casos futuros adivinan;  
el agüero acrecienta su osadía,  
y les infunde miedo y cobardía.*

Las supersticiones araucanas eran innumerables; pero ese estado de espíritu es común a los períodos de la barbarie y, como se sabe, tarda mucho en desaparecer. El alma primitiva es tenebrosa en su fondo más íntimo y la de nuestros aborígenes no ostentaba mayor claridad.

No parece que Ercilla confirmase la indolencia del indio en la vida ordinaria. Al revés de los cronistas que la han asegurado y ponderado, de algunos de sus versos se desprende que el hombre labraba allí la tierra y ejecutaba los demás trabajos que las condiciones de subsistencia le imponían. Muchos se consagraban, sin duda, exclusivamente a las armas; pero, como en todas las sociedades que se militarizan de manera transitoria o permanente, tenían por necesidad vital que ser los menos; ya que al mayor número debía corresponder el sus-

tentarlos con sus actividades productoras. Y así es cómo de todos ellos el poeta dice:

*Los que están a la guerra dedicados  
no son a otros servicios constreñidos,  
del trabajo y labranza reservados  
y de la gente baja mantenidos.*

Cualquiera que sea la significación que a esas líneas se les atribuya, no sería admisible desconocer que el araucano debía desplegar eficaces esfuerzos para subsistir y no podía entregarse habitualmente a una cómoda pereza. Presumible es, sin embargo, por comparación con otros grupos sociales en equivalente grado de desarrollo, que su actividad no fuese continua y metódica sino dispersa y acomodaticia, conforme a su índole enérgica por falta de una previsión alentadora. De todas suertes, no vivía ocioso; trabajaba a lo menos tanto como combatía; y en los períodos de paz ejercitaba el vigor sano de que hacía ostentación en la guerra.

## V

No penetró Ercilla en las modalidades del hogar indígena. No fué éste para él un motivo de preocupaciones. Apenas si lo miró de lejos. En sus estrofas «sólo domina el iracundo Marte». No hubiera estado bien, sin embargo, que en la trama y en el desarrollo del poema prescindiese por completo de dar intervención a la mujer. Renunciar a este recurso habría sido condenarse a una aridez desoladora. Fué así cómo se vió en el trance de crear algunos tipos femeninos, mucho más idealizados aún que los tipos de sus héroes principales.

La mujer araucana ofrece a los ojos del capitán español una silueta vigorosa y de innegable atractivo. La joven Glaura es corpulenta, de expresivos ojos, de nariz perfecta, de rojos labios y fina dentadura; pecho espacioso, muy bonitas manos; y en todo el conjunto se presenta

*acrecentando más su hermosura  
de un natural donaire y apostura.*

Cierto es que Glaura procede de linaje noble. Es hija del

cacique Quilacura. Es rica, si bien desventurada por causa del amor. Hay en ella un corazón apasionado, casto y tierno. Hay también en ella un corazón agradecido al sacrificio y sensible ante la maledicencia que pueda comprometer su dignidad. Acaso el poeta piense que no es de igual delicadeza y hermosura el común de las mujeres araucanas. Ello poco importa; le basta remitirse a los tipos selectos de aquella sociedad combativa y ya en cierto grado de prosperidad.

Tegualda es la encarnación de la esposa amante y desdichada. Busca, hasta que lo encuentra, el cuerpo de su marido, muerto en cruenta batalla y revolcado entre un hacinamiento de cadáveres. Busca ese cuerpo, para derramar sobre él sus lágrimas, para besarle y procurar infundirle con su aliento nueva vida. Es un episodio profundamente conmovedor y humano, de que el poeta se dice testigo y aún actor, puesto que acompaña y ayuda a la esposa en la tarea de trasladar aquel cadáver fuera del campo de batalla, a fin de darle piadosa sepultura.

Por lo demás, Tegualda como Glaura es también de noble cepa, hija del cacique Bracol, y

*de muchos por hermosa en vano amada,  
libre un tiempo de amor y de cuidado.*

En cuanto a Guacolda, la fiel compañera de Lautaro, no es seguramente menos bella que las anteriores. Solícita y dada entera a su pasión, ella presente durante el sueño las acechanzas que rodean en las márgenes del Mataquito al héroe; y lo insta bajo la tienda a apercibirse del peligro, momentos antes de que la traición desbarate sus huestes y a él mismo lo asesine. Y el héroe cae, porque no ha prestado oídos a las advertencias de la amada.

Hay en esos architipos de la raza indígena los sentimientos y virtudes que más realzan a la mujer en algunas de las fases de su existencia; pero a la mujer de las sociedades de amplia cultura, no a la mujer de las sociedades reconocidamente bárbaras. Sin embargo, los sucesos en que esas heroínas intervienen y el carácter por el cual descuellan son de suficiente verosimilitud para que a la poesía le sea lícito incorporarlos en el caudal de sus creaciones. Para comprender mejor el alma de estas mujeres es menester insistir una vez más en que la barbarie araucana se había ya elevado, a la lle-

gada de los españoles, sobre un nivel muy superior de las etapas primitivas.

No parece que pueda pensarse lo mismo con relación al episodio en que figura Fresia, la esposa de Caupolicán, que arroja su tierno hijo a los pies del prisionero, con el procaz y lapidario insulto de que no quiere ser madre «del hijo infame de un infame padre». Por mucho que la mujer se rinda a la virilidad y a la fuerza, nunca llega hasta despreciar el fruto de sus entrañas por el solo hecho de que, en la desgracia, el padre relaje su altivez. A ese resultado sólo podría conducir una sugestión persistente causada por actos sucesivos.

La inverosimilitud de semejante escena salta a la vista. Los sentimientos maternales constituyen los más hondos y arraigados instintos en todas las razas, aún en las más inferiores, y aún en las especies animales que ocupan sitio definido en la escala zoológica. A la sagacidad del poeta no pudo escapársele el despropósito de su inventiva en tales circunstancias; y la explicación estaría en que con Fresia quiso él no tanto referir un hecho como más bien crear un símbolo. Fresia representaría, con su gesto de madre desnaturalizada, la libertad de Arauco, que rechaza las cadenas con que el invasor la oprime y que prefiere la muerte a la deshonra del sometimiento. Vale más que la nueva generación no exista, si ha de existir subyugada: tal parece querer significar esa insólita protesta.

Considerado de ese modo, el episodio de Fresia adquiere un insuperable realce épico. No se conforma con la realidad ambiente, ni está en él la mujer araucana en un renunciamiento que la afrenta. Por boca de ella habla toda la raza, con la fiera actitud de esa voluntad indómita que la conduce a perecer antes que rendirse. Tal es también, en su síntesis última, cómo surge del poema el carácter araucano. Una madre lo simboliza ante el mundo con un solo gesto que la naturaleza repugna, pero que la desesperación justifica; gesto sublime, a la vez, por su horror y su entereza.

El niño no muere, sin embargo. «Diéronle nueva madre», dice Ercilla. Tampoco Arauco muere porque Caupolicán haya caído prisionero; él mismo advierte a su aprehensor, Reinoso, que habrá en seguida mil Caupolicanes que arrastrarán a su pueblo contra el invasor. Y así habrá siempre nuevas madres que criarán miles de hijos para entregarlos a la causa

de la libertad. La mujer, como el hombre, siente allí la necesidad y el orgullo de tener una patria.

Los hechos confirmaron bien pronto la eficacia de ese sentimiento. Los descendientes de Caupolicán y de Fresia sostuvieron tres siglos de lucha; y los últimos vástagos no desaparecen aún. Ni desaparecerán. Su sangre vibra en nuestro pueblo; y con el aporte de esa sangre, unido al de la sangre de los invasores, se ha fundado una nación.

## VI

En la concepción de Ercilla, el hogar araucano, que él no conoció de cerca, aparece constituido a base de afecciones profundas y como un crisol de civismo. Sólo así se explicaría aquella resistencia pertinaz y heroica. Los caracteres de Tegualda y de Fresia son harto significativos al respecto. Pero el frío análisis antropológico e histórico se ha negado a confirmar la lisonjera visión del poeta.

El estado social correspondiente a la barbarie,—a una barbarie progresiva, si se quiere, pero barbarie al fin,—no autorizaría para atribuirle a este pueblo ni las virtudes domésticas ni los sentimientos altruistas que son propios de los estados sociales superiores. Sin embargo, no han faltado estudiosos que hagan fe, en cierta medida por lo menos, a las apreciaciones de Ercilla.

Las polémicas han arrojado mucha luz en uno y otro sentido. No pretendemos, por ahora, someter a juicio los hechos y razonamientos que de una y otra parte se han puesto en valor. Es probable que la fantasía del poeta haya ido en ocasiones más lejos de lo que la realidad permitía, aunque se propuso ser veraz y está probado que casi siempre lo fué, no sólo en el fondo de sus relatos, sino hasta en muchos de sus accidentes. Ya hemos dicho que este rígido ajustamiento a la verdad iba en desmedro de la creación poética, pero ello no le impedía ampliar las imágenes de sus cuadros y proporcionarles la perspectiva atrayenté que a una obra de imaginación se le exige. La exageración no implica falsedad; abultamiento no equivale a invención, como tampoco invención equivale a impostura. Se puede ser verídico aún exagerando; y se puede exceder la realidad sin perder de vista la verosimilitud.

Cuando Ercilla describe con rasgos tan salientes el ca-

rácter araucano, en prototipos de hombres y mujeres, idealiza y perfecciona las imágenes, da lustre a sus contornos, acrecienta sus atractivos, les infunde vida original y propia, las eleva sobre la realidad cotidiana; pero no las desfigura ni las desambienta. Hay siempre en ellas una raigambre de verdad. Su fisonomía no es inventada, a lo sumo es realzada. La invención, si hay alguna, no está en el diseño; está en la acción que desenvuelven y que las individualiza.

El bizarro concurso en que Caupolicán salió triunfante con el tronco de roble a cuestras, de una aurora a otra aurora, pudo no haber tenido lugar o haberse celebrado de un modo distinto, pero la prueba de vigor y resistencia para ganar los honores del mando queda en pié como un hecho que constituía una costumbre araucana y que relatos posteriores comprobaron. Queda asimismo en pié la imponderable fuerza muscular que ponían en juego algunos defensores de la raza.

Galvarino con las manos cortadas por el rigor de los conquistadores, esgrime los brazos sangrientos para increpar al enemigo y clamar venganza entre los suyos. Acaso ello no sea justamente la verdad, pero el episodio exhibe al denodado indígena en el paroxismo de la resolución y de la ira, y graba con la emoción del arte uno de los momentos álgidos de aquella tragedia secular.

El duelo a muerte entre los adalidades rivales, que eran Rengo y Tucapel, le permite al poeta describir largamente, —casi diríamos fastidiosamente,—al bárbaro en toda su pujanza; y la reconciliación que sigue al duelo le da ocasión para mostrarlo en toda la generosidad de su espíritu. Es indudable que el hecho no ocurrió jamás Poco importa, porque subsistirá siempre la expresión genuina del carácter y del valor de esos dos hombres que se superan a sí mismos, resistiéndose el uno al otro, en la más encarnizada pelea concebible, cuerpo a cuerpo, durante tres horas, sin vencerse ni dirimir siquiera una leve superioridad.

La fantasía amplificadora se ejercita de igual modo en los perfiles de mujeres. Glaura confiesa en medio de los combates sus cuitas amatorias, hasta tomar como marido a Cariolán, afortunado guerrillero que consigue librarla de la persecución lasciva de dos negros a quienes mata con el cuchillo y con la flecha. Los negros habían alcanzado a despojarla de sus vestiduras, pero ella no se dolía del desacato y de la pér-

didá, sino de que su castidad y su honor estuviesen a punto de ser mancillados. Se casa con su salvador,

*para evitar al fin murmuraciones  
y no mostrarse ingrata al beneficio.*

Así es de delicada la sensibilidad de las otras heroínas del poema, cada una en su caso, aparte de la belleza que las aureola. Y ya se ve que la creación imaginativa no riñe absolutamente con la realidad,—con una realidad oscilante por cierto,—sino que la lleva y la depura, dentro de lo verosímil, para hacerla más digna y amable. No olvidemos que el arte tiene también sus fueros, que no se subordinan a los de las ciencias exactas.

## VII

Frente a las imágenes de la raza autóctona se alzan las de los conquistadores, no menos esforzados e intrépidos, no menos pertinaces y sufridos, no menos acreedores a figurar con honra en las insuperables gestas de la época. Pero ello no era extraño. Desde México hasta Chile la conquista toda había sido una magna epopeya, vivida en hazañas memorables por cada uno de los españoles que pasaron a América. Nunca un pueblo como el ibero ofreció al mundo el espectáculo de esparcirse en menos tiempo y con mayor fortuna sobre todo un continente, venciendo más que a los hombres a la naturaleza primitiva. Dominar sobre éstos era ya mucho; pero era más enseñorearse de los más grandes ríos, las más vastas selvas, las más espaciosas llanuras y las más empinadas montañas del globo.

El poeta no necesitó ponderar el ánimo de los conquistadores de la Araucanía. Exponer sus hechos era glorificarlos. Inscribir sus nombres solamente era otorgarles el merecido galardón. Por eso tal vez no le preocupó la creación de un héroe hispano. La abnegación sin límites y el desprecio a la vida eran el natural modo de ser en todos, incluso en él mismo.

Entonces el empuje español era de por sí épico; y la mera crónica bastó, en los demás países de América, para inmortalizarlo. Privilegio fué de Chile el que, tanto ese empuje como el de la resistencia proporcionada a él, mereciesen los honores

de la estrofa homérica que había de enaltecerlos de modo singular.

No sin razón se ha dicho que de la sangre derramada en la lucha de la raza más fuerte de Europa con la raza más fuerte de América surgió, en este extremo del mundo, el brote de una nueva raza, con las características comunes a ambos progenitores: valor a toda prueba, perseverancia y brío, resignación al sufrimiento y amor inflexible por la libertad. Hace ya siglos que Ercilla dió la fe, una fe excelsa, del nacimiento de esta agrupación humana. ¡Honremos su memoria, nosotros, los ciudadanos de la nueva nación!

Conscientes estamos de la viril y generosa herencia recibida. Ella imprime a nuestra colectividad carácter propio. Ella nos augura mejores destinos, a medida que la compenetración de ambas razas se completa y sus hábitos se perfeccionan. Recordar nuestros orígenes será siempre una satisfacción y un estímulo.

Y ahora que el laurel reverdece sobre las sienes del cantor de Arauco, la Universidad de Chile rinde un cordial homenaje a España y a su alta cultura: a la España de los fijodalgos que impusieron el vigor de su sangre sobre este continente; a la alta cultura que, tanto aquí como allá, ha dignificado a las multitudes e inspirado el triunfo de las instituciones libres. Homenaje más férvido aún, ante el despliegue de las fuerzas espirituales que han concluído por unirnos, a americanos y españoles, en la comunión fraternal de la República.